Monseñor Álvaro del Portillo (1914-1994)

José ORLANDIS

El 23 de marzo de 1994 falleció en Roma, a las pocas horas de regresar de un viaje a Tierra Santa, Mons. Álvaro del Portillo, Obispo Prelado del Opus Dei. El «Anuario de Historia de la Iglesia» me ha confiado el encargo de hacer memoria en sus páginas de este gran hombre de Dios, figura eminente de la Iglesia de nuestro siglo y de la época del mundo en que le tocó vivir. Don Álvaro del Portillo, ya desde antes de ser el primer sucesor del Beato Josemaría Escrivá, escribió un capítulo inolvidable de la historia del Opus Dei del que muchos —entre ellos yo—, en momentos transcendentales tuvimos la suerte de ser no sólo espectadores, sino testigos cercanos. Este conocimiento, que se remonta a muchos años atrás, y el profundo afecto que sentí siempre por don Álvaro son los mejores títulos que tengo para aceptar el encargo recibido e intentar escribir la presente semblanza.

Conocí a Álvaro del Portillo en Valencia, en una tarde del mes de septiembre del año 1939. Mi presencia en la ciudad de Turia se debía a la convocatoria de los primeros exámenes que tenían lugar en la Universidad tras la terminación de la Guerra Civil española. Era el reencuentro con las aulas, después de tres años de interrupción de todas las actividades académicas, el retorno a la normalidad de la vida. Mas no ha de creerse que ese retorno tuviera lugar en un ambiente tranquilo y despreocupado, porque el estallido pocos días antes de la Segunda Guerra Mundial ensombrecía otra vez el horizonte y planteaba nuevas incógnitas sobre el futuro de aquella generación a la que le tocó vivir su juventud en los azarosos años de las décadas tercera y cuarta de la presente centuria. En el recinto de la

Universidad de Valencia tuve mi primera conversación con Álvaro del Portillo, una conversación que, paradójicamente, versó sobre el mañana, ese mañana que tan incierto y problemático podía aparecer en aquella hora. Me habló de la necesidad de prepararnos para cumplir en una misión importante, para tratar de hacer en la vida algo que mereciese la pena; y me insistió en la conveniencia de aprovechar el tiempo que todavía pudiera quedar de permanencia en el Ejército para aprender bien una lengua extranjera. El, por su parte —así me lo dijo—, además de proseguir su carrera de ingeniero de Caminos, había comenzado a estudiar el japonés.

La conversación de aquella tarde, dando vueltas por el viejo claustro de la Universidad, en cuyo centro campea la estatua de Luis Vives, produjo en mí una impresión nueva e inédita. Aquel estudiante de veinticinco años abría ante mis ojos un panorama insospechado y me animaba a tratar de hacer la historia y no tan sólo a dejarnos llevar por ella. Me invitaba a trabajar para influir activamente en el mañana de nuestro mundo, sin caer en pesimismos baldíos ni lamentaciones estériles, y contribuir a enderezar aquel mañana hacia un destino mejor. Me animaba, en suma, a ser locomotora y no vagón de cola, en la marcha hacia un futuro más luminoso y cristiano, en el que los hombres pudieran ser más limpios y felices. Cuando pocos días más tarde conocí el Opus Dei de labios del propio Fundador, descubrí que Álvaro del Portillo no me había hablado de un proyecto más o menos imaginario, sino de una realidad de la que él tenía ya cumplida y personal experiencia.

Álvaro del Portillo, cuando yo lo conocí, era todavía alumno de la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, la más prestigiosa, seguramente, de las Escuelas de Ingeniería de aquella época. Muchos años más tarde, siendo ya Prelado del Opus Dei, esos «orígenes» no habían caído en el olvido, y su biografía sería incluida en el libro «Ingenieros egregios», junto a las figuras más ilustres de la Ingeniería española. Hijo de una familia numerosa de honda raigambre cristiana —era el tercero entre ocho hermanos—, su sentido de responsabilidad lo llevó, antes de la Guerra española, a interrumpir durante un curso la carrera, con el fin de obtener el título de Ayudante de Obras Públicas —Ingeniero técnico se llama ahora— y poder ejercer así un trabajo profesional que le permitiese proseguir los estudios sin ser gravoso a sus padres. La Guerra civil supuso para él —como para todos los estudiantes españoles de Enseñanza superior— un nuevo y forzoso paréntesis en la carrera, que terminaría en el año 1941.

Álvaro del Portillo se incorporó al Opus Dei en 1935 y fue desde muy pronto un colaborador excepcional del Fundador, el Beato Josemaría Escrivá, a cuyo lado permaneció, como hijo fidelísimo, por espacio de cuarenta años. Pero ello no fue obstáculo para que, hasta recibir la Ordenación sacerdotal, ejerciera su profesión de ingeniero en las Confederaciones Hidrográficas del Júcar, Duero y Ebro, y en la Jefatura de Puentes y Cimentaciones. Al mismo tiempo cursó durante esos años la carrera de Filosofía y Letras —Sección de Historia— en la Universidad Central de Madrid y obtuvo el Doctorado y el Premio Extraordinario. Su tesis, que apareció como libro en 1947, no la comentamos aquí, porque será objeto de particular atención en otras páginas de este mismo «Anuario».

Los estudios de Ingeniería hicieron que Álvaro del Portillo alcanzase una sólida preparación en el campo de la técnica. Pero importa mucho llamar la atención sobre su profunda formación humanística, a la que hubo también de contribuir el doctorado en Derecho Canónico por la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino de Roma, obtenido en el año 1948. Siempre me produjo admiración el perfecto dominio de la lengua latina que consiguió un hombre como él, que provenía del campo de las Ciencias aplicadas. Don Álvaro, desde su llegada a Roma, escribía un latín intachable, al que nada podían objetar los célebres latinistas de la Curia, que tenían por misión verter a la lengua oficial de la Iglesia los documentos más solemnes de la Sede Apostólica. Pero don Álvaro no solamente escribió, sino que también habló con corrección y fluidez el latin coloquial, como tuve ocasión de comprobar personalmente en una circunstancia bien comprometida. Al día siguiente de su llegada a Roma, en febrero de 1946, lo acompañé a una gestión nada fácil con el Cardenal Frings, arzobispo de Colonia, al que jamás había visto y que era por tanto para él una persona del todo desconocida. Don Álvaro, que a partir de entonces viviría en Roma, no hablaba aún el italiano, pues apenas habían pasado cuarenta y ocho horas desde su llegada al país; por eso, con la mayor naturalidad, recurrió al latín y en esta lengua expuso al Cardenal el importante asunto que deseaba tratar con él. La favorable respuesta de Su Eminencia quizá tuvo bastante que ver con la buena impresión que hubo de causarle la cultura humanística del joven ingeniero-sacerdote.

Álvaro del Portillo visitó por primera vez Roma en plena Guerra Mundial durante la primavera de 1943. Permaneció allí durante casi un mes, gestionando cerca de la Santa Sede la concesión del *Nihil Obstat* al Opus Dei. En uniforme de ingeniero —faltaba todavía un año para su Or-

denación sacerdotal— fue recibido en audiencia por el Papa Pío XII, que guardó vivo recuerdo de esta visita. Se entrevistó también con destacadas personalidades de la Curia, como el Cardenal Secretario de Estado, Maglione, Mons. Juan Bautista Montini, Sustituto de la Secretaría, los Cardenales Tedeschini, Pizzardo, La Puma, etc. Y conversó largamente en tres ocasiones con el Cardenal Vidal y Barraquer, arzobispo de Tarragona, que falleció tres meses más tarde y sentía extraordinario interés por tener una amplia información sobre el Opus Dei. En el mes de febrero de 1946, terminada ya la Guerra, don Álvaro se trasladó de nuevo a Roma, y yo lo acompañé en el viaje y durante los primeros meses de su permanencia en la Ciudad Eterna. A partir de entonces, fijó allí su residencia, se hizo *civis romanus* y en Roma permaneció el resto de sus días.

Don Álvaro del Portillo vivió en Roma cerca de medio siglo: hasta 1975, junto al Beato Josemaría Escrivá, casi siempre como Secretario General del Opus Dei; luego pasó a ser el sucesor del Fundador al frente de la Obra, y el primer Prelado a partir de 1982, cuando el Papa Juan Pablo II erigió el Opus Dei como Prelatura personal. A lo largo de tantos años su dedicación a la labor pastoral de gobierno de la Obra revistió extraordinaria importancia; pero fueron también valiosísimos los servicios prestados a la Sede Romana y a la Iglesia universal, las misiones y encargos que la Santa Sede le confió, y que él desempeñó siempre con ejemplar fidelidad, abnegación e inteligencia.

Insigne servidor del Pontificado y de la Iglesia Católica, así podría definirse a Mons. Álvaro del Portillo, cuya figura aparece fuertemente marcada por la impronta de la romanidad. Cuatro Papas, desde Pío XII a Juan Pablo II, demostraron la confianza que les merecía como teólogo y canonista nombrándole una y otra vez Consultor de buen número de Congregaciones y Dicasterios. Pío XII lo hizo Consultor de la Congregación de Religiosos, Juan XXIII de la Congregación del Concilio y de la Pontificia Comisión para la revisión del Código de Derecho Canónico. Pablo VI dio prueba del aprecio que sentía por él al designarlo Consultor de la Congregación para la Doctrina de la fe y de la Congregación para el Clero. Todavía, Juan Pablo II, a pesar de la ingente dedicación que exigía a don Álvaro, tras la muerte del Fundador, el gobierno pastoral del Opus Dei, lo nombró Consultor de la Congregación para las Causas de los Santos y del Pontificio Consejo para las Comunicaciones sociales, y miembro también de la Secretaría del Sínodo de los Obispos.

Mención aparte merece el papel jugado por don Álvaro del Portillo en el Concilio Vaticano II. No es exagerado decir que puede considerárselo como uno de los hombres clave de la gran asamblea ecuménica de la Iglesia del siglo XX. Ya antes de la apertura del Concilio, en las etapas previas, fue Presidente de la Comisión Antepreparatoria para el Laicado; y una vez inaugurado el Sínodo, ocupó la Secretaría de la importantísima Comisión sobre la Disciplina del Clero y del Pueblo cristiano y fue Consultor de otras Comisiones conciliares, entre ellas la de los Obispos, la de Religiosos y la de la Doctrina de la Fe. La obra teológica y canónica de Mons. del Portillo ha quedado plasmada sobre todo en incontables dictámenes, votos o informes que no son del dominio público, aunque constituyen su mayor y mejor servicio a la Sede Apostólica. Pero son también numerosos y de considerable valor sus trabajos editados, entre los que merecen destacarse dos libros publicados en 1969 y 1970 —puestos al día por el Autor en las ediciones más recientes— y que han sido traducidos a varios idiomas: *Fieles y Laicos en la Iglesia* y *Escritos sobre el sacerdocio*. Conviene todavía recordar que Mons. Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei desde 1982, el 6 de enero de 1991 fue consagrado obispo titular de Vita por el Papa Juan Pablo II.

El 15 de septiembre de 1975, tras la muerte del Beato Josemaría Escrivá, Mons. Álvaro del Portillo había sido elegido para dirigir el Opus Dei, y a esta tarea ha dedicado sus desvelos paternales hasta el fallecimiento en marzo de 1994. Hijo fidelísimo y colaborador inmediato del Fundador durante cuarenta años, lo sucedió en el oficio de Padre de una gran familia de vínculos sobrenaturales, integrada por muchas decenas de miles de miembros de un centenar de nacionalidades, que en el seno de la Santa Iglesia constituye una pequeña porción del Pueblo de Dios, con misión semejante a la de la levadura evangélica destinada a fermentar toda la masa. Diversísimos por su raza y su cultura, por su mentalidad y condición social, todos los miembros se alimentan —como decía gráficamente el Beato Josemaría— «de un mismo puchero», que es el espíritu del Opus Dei. Para acercarse a ellos, a cada una de sus hijas y de sus hijos, don Álvaro, a lo largo de estos años ha recorrido el mundo de punta a punta, visitando docenas de países de los cinco Continentes. Cerca de ochocientos sacerdotes incorporados en estos años al presbiterio de la Prelatura y la labor apostólica del Opus Dei extendida a una veintena de naciones nuevas son datos estadísticos que hablan por sí solos y pueden dar alguna idea de los frutos conseguidos bajo el gobierno pastoral de don Álvaro del Portillo. Pero hay un aspecto de la vida de la Obra durante este mandato sobre el que es pre-

ciso llamar especialmente la atención: me estoy refiriendo a la culminación del proceso de configuración jurídica del Opus Dei, dentro del Ordenamiento público de la Iglesia.

El Opus Dei ha tenido que recorrer un largo camino hasta conseguir la veste jurídica adecuada a su carisma y el lugar que como fenómeno teológico y pastoral le corresponde en la estructura jerárquica del Pueblo de Dios. El Fundador, que tenía una clarividente visión del hoy y del mañana y mentalidad de historiador y de jurista, luchó con fortaleza y perseverancia ejemplares por alcanzar aquellas metas. Deseaba asegurar que la Obra sería siempre lo que Dios ha querido que fuese, para rendir así, en todas las épocas, el mejor servicio a la Iglesia y a los hombres. Esta fue durante muchos años la «intención especial» del Beato Josemaría, por la que ofreció innumerables sacrificios y rezó e hizo rezar incesantemente —*sine intermissione*. Pero el Fundador pasó de este mundo a la eterna bienaventuranza sin que hubiera todavía llegado a su término la epopeya que sus historiadores han denominado «el itinerario jurídico del Opus Dei». Fue bajo el gobierno pastoral del primer sucesor, Álvaro del Portillo, cuando la Obra obtuvo de la Santa Sede el definitivo reconocimiento de su genuino modo de ser, merced a su erección como Prelatura personal por la Constitución Apostólica «Ut sit», el 28 de noviembre de 1982. A veces, considerando con perspectiva histórica esta apasionante peripecia, se me ha ocurrido pensar que este largo itinerario de más de medio siglo que el Opus Dei ha tenido que recorrer guarda alguna semejanza con el Éxodo, la penosa peregrinación del Pueblo de Israel por el desierto, arrostrando las inclemencias de la intemperie, en busca de su definitivo destino. También entonces Moisés contempló con sus ojos la Tierra Prometida, pero no llegó a pisarla; fue el sucesor, Josué, quien introdujo al Pueblo en la morada que le había preparado el Señor.

Ahora que Mons. Álvaro del Portillo ha sido llamado a la Casa del Padre, parece oportuno terminar esta breve semblanza evocando algunos rasgos de su imagen, que ha sido y sigue siendo entrañable para sus hijas e hijos, pero también para muchas otras personas que lo admiraron y quisieron. «Siervo bueno y fiel», así lo llamó el Papa Juan Pablo II, empleando las palabras con que Cristo introduce a los elegidos en el gozo de su Señor. Fiel, sí lo fue siempre Álvaro del Portillo, con una fidelidad heroica a Dios y al Fundador de la Obra; y fue siervo bueno, con una inmensa bondad que impregnaba todas sus palabras y acciones. De su persona podrían destacarse muchos rasgos más: la inteligencia preclara; la abnegación para sacrificarse siempre por el bien de la Iglesia y de la Obra; la sincerísi-

ma y conmovedora humildad; la paz y serenidad, fruto de su intensa vida de fe, que irradiaba en torno a él como el buen aroma de Cristo. Mas hay todavía un rasgo que no es posible relegar al olvido: su inmenso corazón. El Beato Josemaría dijo de sí en más de una ocasión que era un hombre que sabía querer, y no es raro que Álvaro del Portillo, con tantos años a su lado, aprendiera ese arte de semejante maestro. Fue también él un hombre con una enorme capacidad de cariño y al que resultaba muy fácil querer. Este rasgo tan característico del perfil humano y espiritual de don Álvaro impresionaba a cualquier observador y marcaba de modo inconfundible su amable personalidad. Quienes trabajan en la Universidad de Navarra, de la que fue Gran Canciller, se han beneficiado particularmente de su afecto y tienen especiales razones para guardar de él un agradecido recuerdo.

José Orlandis
Instituto de Historia de la Iglesia
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona